

VICENTE ROBALINO,
El animal de la costumbre,
 Quito, El Tábano, 2010.

El carácter reflexivo, la veneración, la constancia, la ironía son parte sustancial de la construcción poética de Vicente Robalino. A lo largo de su trayectoria como creador, lector asiduo, crítico y académico, facetas que no ha dejado de interrelacionar en su escritura y en el acto de la lectura, se manifiesta su fidelidad hacia la estética.

Este es su quinto libro, y como dicen por ahí, no hay quinto malo, con la carta de presentación y la solvencia de los cuatro textos anteriores, en los cuales recoge su relación con la literatura, sus temas, sus preocupaciones trascendentales.

La literatura es el modo de vida del autor y lo ha sido en estos últimos veinte años, desde la publicación de su primer texto hasta hoy, sin obstar su ejercicio crítico y académico que fundamenta de manera lúcida su creación. El autor siempre se ha relacionado de manera permanente con la palabra, un vínculo que resalta en estos treinta y ocho poemas, atravesados por el amor, entre otros motivos construidos como ejes; que parecería un lugar recurrente, pero en el texto se transforma, muta hasta convertirse en soledad, angustia y dolor hasta convertirse en humano. Pero *El animal de la costumbre* no es solamente humano, sino que también muestra una presencia angelical con una tónica desacralizada, con el simple afán de convertirse en hombre y para esto se preguntará: *¿Qué es el hombre?*, más allá de las respuestas preexistentes, la visión aristotélica de que es un animal

racional y político, o, la perspectiva de Cassirer de que se trata de un animal simbólico o en relación con Safranski, cuando lo menciona como el animal no fijado. El hombre es el ser acostumbrado a la angustia, la desesperanza, a pesar de la sorpresa guardada, la esperanza, en la Caja de Pandora.

Desde el primer texto de Vicente Robalino: *Póngase de una vez en desacuerdo*, con edición de 1990, hasta este último hay un rasgo predominante y es la ironía, recurso que se transforma, produce una metamorfosis, y cambia en cada una de sus creaciones. Otra característica significativa es la pregunta y la presencia de Dios, hecho que nos remite a la más profunda tradición budista y a un retumbar de César Vallejo y también a la herencia y disyuntiva católica, esto es evidente en el poema:

“DESDE LA OJEROSA SILLA DE DOMINGO”

De llorosa lluvia está manchado el tiempo
 de trémula soledad está enfermo Dios.

En el texto, la voz poética trata de decodificar el mundo, intenta buscar huellas, rastros perdidos en la nominación en el lenguaje, porque la lengua expresa otra presencia de ese animal de costumbre, *¿hasta donde hemos podido compenetrarnos en la correspondencia del sujeto que nomina frente al objeto nominado sin la presencia del vacío?*; es el caso del poema introductorio:

“VÉRTIGO UNO Y DOS”

Hay un abismo entre las cosas y su dueño
entre el amo y su perro que se abandona al sueño
entre el espejo y su mutilada imagen
entre el cielo y el hombre.

En el poemario se trata en forma insistente de establecer un puente entre los ángeles, Dios y el hombre, en referencia a la vertiginosidad de la caída que consta dentro de la relación de estas tres presencias, *¿quién es el que realmente cae?*

La siguiente revelación pone en escena la tensión a la que está sujeto el lector en el momento de la luz y la sombra:

“Si no me concedes la luz, dame por lo menos una luciérnaga”.

Y en la obediencia y desobediencia en los poemas “Los rosales de la desobediencia”, “Más allá de las convenciones”.

En “Tan parecida al olvido”, memoria consagrada en el poema y olvido, entre el tedio y lo cotidiano, el espejo y el reflejo: para preguntarse, *¿quién es quién?*, alumbramiento y desaparición, peregrinaje y quietud, lo efímero y lo perpetuo, voces y silencio, el amanecer frente al anochecer.

La voz poética plantea si es real la sociabilidad o el ser está abandonado, aquejado por la soledad y en la búsqueda del otro; intenta restablecer el amor, pero ese intento se desvanece resulta infructuoso, no se cumple:

Acompáñame a mirar las estrellas
enséñame ese nocturno terror que tiene el cielo.

Mañana será demasiado tarde
yo ya habré envejecido
como para no poder reconocer
el huraño color del tiempo en las murallas.

La tensión, la palabra cobra vida y se transforma en sirenas, en un gato, en un ave, seres solemnes y espectadores, en la versión más pitagórica del mundo, porque los que contemplan son los verdaderos filósofos y también con un hálito budista, porque no está exenta una visión absolutamente religiosa y el salto de lo mundano a lo trascendental para en forma constante plantear las preguntas, en las que el lector intentará brindar respuestas, si acaso las hay.

El desciframiento, la exégesis, la interpretación nos reta a introducirnos en cada uno de los versos para que el deambular, la nostalgia, la caída no sean tan trágicos, sino para que sean parte de lo cotidiano y no nos pesen tanto como a Sísifo.

LEÓN S. ESPINOSA O.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA
DEL ECUADOR